

Mario había salido trastornado de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con poca esperanza y salía con inmensa desesperación.

Por lo demás, y los que han observado el corazón humano lo comprenderán, el lancero, el oficial, el necio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube. El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación, hecha á quemarropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el dramaturgo, lo perdería la verdad. Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo. Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene. Lo que anonada á Oteló, pasa sencillamente por Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera cometido Mario mil crímenes. Púsose á pasear por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiese acordarse. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchón. Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó,

vió á Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre, de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa algunos momentos después que ellos: se metió en el bolsillo los dos cachorrillos que Javert le había entregado para la aventura del 3 de febrero, y que se habían quedado en su poder. Los cachorrillos estaban aún cargados. Sería difícil decir qué obscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlos.

Todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba: estaba lloviendo á intervalos, pero no lo notaba: compró para comer un bollo de un sueldo en un puesto de pan, le guardó en el bolsillo y no volvió á acordarse de él. Parece también que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía. Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de esos momentos. Ya no esperaba nada, ni temía nada; había dado este paso desde la víspera. Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía más que una idea clara: que á las nueve vería á Cosette. Esta última felicidad era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra. Por intervalos, paseando por los boulevares más desiertos, le parecía oír en París ruidos extraños, y saliendo de su meditación, decía:—¿Es que pelean?

Al caer la noche, á las nueve en punto, como había prometido á Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando se acercó á la verja todo lo olvidó. Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto á Cosette; iba á verla, y todas las demás ideas se borraron, y sólo sintió una profunda alegría. Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y ad-

mirable; en el momento en que pasan, llenan por completo el corazón.

Mario abrió la verja y se precipitó en el jardín. Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre. Atravesó la espesura y llegó á la rinconada cerca de la escalinata.—Me espera allí,—se dijo. Cosette no estaba.

Alzó la vista y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardín y vió que estaba desierto. Entonces volvió á la casa, y perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa á mala hora, llamó á la ventana. Llamó y volvió á llamar, expuesto á ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oír que le preguntaba:—¿Qué queréis?—Esto no era nada al lado de lo que sospechaba. Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó á Cosette.—¡Cosette!—gritó.—¡Cosette!—repitió imperiosamente. Pero no le respondieron. Todo había concluído. No había nadie en el jardín, nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y más vacía que una tumba, y miró después el banco de piedra en que había pasado horas tan felices al lado de Cosette. Entonces se sentó en la escalinata con el corazón lleno de dolor y de resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo que, puesto que Cosette se había marchado, no tenía que hacer más que morir.

De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba al través de los árboles:

—¡Señor Mario!

Se levantó.

—¿Quién es?—dijo.

—Señor Mario, ¿estáis ahí?

—Sí.

—Señor Mario,—añadió la voz,—vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvrière.

Esta voz no le era enteramente desconocida. Se parecía á la voz tomada y ruda de Eponina. Mario corrió á la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza y vió una figura, que le pareció un joven, desaparecer corriendo en la obscuridad.